

*Luis Orrego Luco: MEMORIAS DEL TIEMPO VIEJO.* Prólogo de Eugenio Pereira Salas. Introducción de Héctor Fuenzalida Villegas. Ed. Universidad de Chile, Santiago, 1984.  
(6) XX 647 (3) - 1 lámina.

En el estilo ágil y ameno que le es propio, Luis Orrego Luco ofrece en sus *Memorias* un verdadero "documento de época", al referirse a los sectores altos de la sociedad durante la segunda mitad del siglo XIX en Chile y en las principales ciudades de Europa, hacia donde confluyen diversos países americanos.

Resulta verdaderamente difícil señalar los innumerables temas y situaciones que aborda el autor, como, asimismo, referirse a sus variadas observaciones y anécdotas relacionadas con figuras connotadas de la época. Estas llegan a constituir en la obra una verdadera galería de retratos, descritos con la maestría que emplea Orrego Luco en la presentación de sus personajes novelísticos.

El mundo diplomático y político, el arte y las letras, la prensa, las costumbres familiares y sociales, los hechos que atraen el interés del momento, como también los lugares que frecuentan, de preferencia, los grupos dirigentes de la sociedad, dentro y fuera de Chile, se entremezclan con referencias históricas —conmemoraciones, hechos relevantes, figuras destacadas—, constituyendo un cuadro unitario, de lectura fácil y atrayente; la unidad está dada por el mundo social, del que Orrego Luco es, a la vez, protagonista y crítico, y al que pertenece por su nacimiento y vinculaciones familiares y personales, como, asimismo, por diversos cargos diplomáticos que desempeñó.

Tal como ocurre en su ciclo literario "Escenas de la vida en Chile" \*, Orrego Luco describe la "belle époque", que percibe con la sutileza del observador penetrante y rápido, no exento de ironía fina y bien matizada.

Frente a sus *Memorias* se tiene la impresión de estar leyendo alguna de sus novelas. Los personajes que, en este caso, aparecen en forma real y con sus verdaderos nombres, se desenvuelven en sus respectivos campos de acción con la agilidad que les confiere la costumbre y la frecuencia dentro de ese medio social al que todos pertenecen. Las mismas figuras alternan en tertulias, en el teatro y la ópera, en las calles y cafés, en los paseos habituales de cada ciudad —Santiago, París, Madrid, Londres—, en

\* El ciclo lleva también el título "Recuerdos del Tiempo Viejo", aunque éste no aparece en cada una de las novelas que lo constituyen.

los balnearios de moda —Constitución, en Chile; en Francia, Biarritz, recién inaugurado—, lugares y reuniones donde a menudo se gesta y desarrolla el acontecer histórico de la época.

Imposible sería enumerar esos lugares y esas figuras. Si ya en las novelas del autor son numerosos, mucho más lo son en sus *Memorias*. Sin embargo, merecen citarse algunos nombres de gran interés para la historia de Chile y la europea de ese tiempo: Isidoro Errázuriz, Manuel José Irrázaval, Benjamín Vicuña Mackenna, Diego Barros Arana, el Presidente Balmaceda y su hijo, Pedro Balmaceda Toro, amigo del autor; Alberto Blest Gana durante su permanencia en Europa, en calidad de Ministro Plenipotenciario de Chile en París; su hijo Alberto Blest Bascañán, a su regreso a Chile; políticos europeos como Disraeli, Bismarck, Cánovas del Castillo, ocupan lugar destacado en las grandes capitales y balnearios del viejo continente. La nobleza europea está ampliamente representada: figuran, entre muchos otros, el rey Carlos de Braganza, de Portugal, y la ex Emperatriz de los franceses, Eugenia de Montijo, envejecida y transportada en su silla de ruedas. Abundan, también, las referencias a príncipes, duques, condes, que prolongan la existencia de un mundo social brillante y decorativo. El arte y las letras aparecen representados por figuras de relieve internacional, como Sarah Bernhardt, María Guerrero, Rafael Calvo, el padre Coloma, Juan Valera, y muchos americanos, entre otros, Rubén Darío, Pedro Lira, cuñado de Luis Orrego Luco, Juan Zorrilla de San Martín, Ministro Plenipotenciario de Uruguay en Madrid.

La lectura nos permite conocer algunos hechos históricos de trascendencia: las gestiones del Presidente Santa María ante el Vaticano, durante la vacancia arzobispal en Santiago; la demolición del puente de Calicanto, en 1887; la canalización del Mapocho; la Revolución de 1891 en su gestación y desarrollo, en sus pormenores de orden social y familiar, y otras situaciones particulares de ese acontecimiento, en las que participó el propio autor combatiendo en el ejército de Iquique y luchando en la batalla de Concón, donde quedó herido en un brazo.

Posteriormente, Orrego Luco desempeña sucesivas misiones diplomáticas en Europa y América, y así le corresponde participar, por ejemplo, en las celebraciones realizadas en Madrid, durante el cuarto centenario del descubrimiento de América.

Junto a Orrego Luco recorreremos ciudades, lugares históricos, calles, clubes, palacios, y con él, también, vamos descubriendo elementos de sus novelas: lugares, personajes, situaciones: la playa de Constitución ("Playa Negra"), el paseo de la Alameda en Nochebuena, y el tan habitual, por entonces, de la Quinta Normal ("Casa Grande"); la ya mencionada Revolución de 1891, con su ambiente de inquietud e incertidumbre, de violencia, decisión y mística, magistralmente descrito en "Al través de la Tempestad", que en sus dos volúmenes representa la etapa siguiente a la vida "En Familia", inmediatamente anterior.

El mismo autor reconoce, en forma explícita, haber tomado ciertos hechos y figuras literarias del mundo real que vivió en Chile y en el extranjero; tal es el caso de don Manuel del Palacio, con quien Orrego Luco trabó gran amistad en Madrid; en su compañía frecuentó el café en la Puerta del Sol y recorrió numerosos lugares que Orrego Luco afirma haber descrito, posteriormente, en "Pandereta"; don Santos Lira, padre del pintor Pedro Lira, nos recuerda al personaje de don Santos Barbosa, de la novela "En Familia"; Juan Antonio González le sirvió de modelo para otra figura de "Un Idilio Nuevo", según declaración del mismo autor en sus memorias; igual cosa ocurre con Rafael Gana, amigo asiduo de don Melchor Concha y Toro y de su familia, convertido en el famoso "Senador Peñalver" de "Casa Grande". Orrego Luco se refiere a las obras de Alberto Blest Gana, y algunos de sus modelos: Samuel Izquierdo, Pepe Calderón, y, en el caso específico de "El Ideal de un Calavera", el teniente Florín. Finalmente, no escapó al novelista y memorialista chileno la identidad de algunos personajes del padre Coloma, en "Pequeñeces", como Diógenes, contrafigura de don Ramón Rodríguez Correa.

Llama la atención, por otra parte, el énfasis que pone Orrego Luco, igual que en sus novelas, en la figura femenina. También aquí la mujer aparece envuelta en sedas, encajes y perfumes, cuyo aroma parece llegar al lector; en los salones, las jóvenes compiten en belleza, elegancia y distinción, dentro de ese marco aristocrático con el que Orrego Luco se identifica plenamente.

La riqueza descriptiva de la obra —muy superior, como es natural, a sus novelas en cuanto a información— adolece, sin embargo, de ciertas omisiones que dejan sensibles vacíos. Las *Memorias* fueron escritas después de 1931, año en que Orrego Luco se retira a la vida privada: la publicación abarca el período que termina, aproximadamente, en 1900. Los hechos que ocurren entre ambas fechas representan una etapa de gran importancia en la vida personal y literaria del autor. El escribió acerca de ello; existen documentos que lo indican. ¿Qué sucedió con ese espacio de tiempo, con las memorias de treinta o más años de nuestro siglo?

En 1896 Orrego Luco contrae matrimonio con María Vicuña Subercaseaux, hija de don Benjamín Vicuña Mackenna. Del matrimonio nacen cuatro hijos: Benjamín, Eugenio, Fernando y Germán, de los cuales Eugenio se dedica a las letras, como su padre. Nada aparece en las memorias acerca de ese hogar, donde solían reunirse grandes personalidades de la época en interesantes tertulias de alto nivel intelectual, artístico y cultural en general.

Lo mismo puede decirse de su producción literaria. Aunque ésta se inicia antes de 1900, logra su pleno desarrollo y madurez posteriormente. De acuerdo a su constante inquietud e interés predominantes, Orrego Luco quiso describir en sus novelas la vida de la sociedad chilena de su época, en 1880 y 1930, aproximadamente. Lo dijo en forma explícita. Su ciclo novelístico está constituido por las siguientes obras, mencionadas según el

orden de su publicación: "Un Idilio Nuevo", 1900 (1897-1900); "Casa Grande", 1908 (1905-1908); "En Familia", 1912 (1886-1890); "Al través de la Tempestad", 1914 (1890-1891); "El Tronco Herido", 1929 (1925-1929); "Playa Negra", 1947 (1877-1880). La publicación de "Casa Grande" significó, para el autor, un hecho clave en su existencia: debió sufrir la violenta reacción del público en su contra, en particular de parte de la aristocracia, su medio natural, que se veía retratada en la obra en forma contemporánea y crítica. La novela fue motivo de fuertes controversias y de serio análisis entre los más destacados críticos literarios de la época. Cuarenta años después de su publicación, aún despertaba el interés de los intelectuales: en 1948. Guillermo Feliú Cruz entrevistó al autor acerca de los personajes de "Casa Grande", tomados, como vimos, de modelos reales, a veces matizados, como lo señaló el mismo Orrego Luco en esa oportunidad. Esta novela en especial, como todo el ciclo mencionado, constituye una expresión auténtica de la personalidad literaria de Orrego Luco y marcó una etapa importante en su vida personal.

Tampoco nos hablan las *Memorias* de la labor desempeñada por el autor como catedrático de la Universidad de Chile en Derecho Internacional, de sus estudios y escritos sobre los problemas de límites del país, de su actuación como político y diputado, como director del Museo de Bellas Artes y fundador de la revista de arte "Selecta", famosa por sus bellas ilustraciones y la calidad con que fue editada; y nada encontramos tampoco sobre su valiosa colección de pinturas que Orrego Luco logró reunir en su casa.

¿Se piensa en un segundo volumen de estas *Memorias*? Nada se dice en la publicación al respecto.

Finalmente, la amenidad del relato y la abundancia de información pueden hacernos perder de vista otro importante vacío, de distinta naturaleza: en la obra se echa de menos la intimidad de la expresión personal; prevalecen la descripción de hechos, anécdotas de gran sabor e interés, de situaciones en que el autor participa directamente o en calidad de observador. En cambio, permanece oculto el misterio de la vida personal: el pensamiento, la afectividad, la emoción alegre o dolorosa, el recuerdo hecho vida y experiencia por la reflexión y el sentimiento hondo de la existencia se mantienen, por lo general, ausentes del relato.

En este sentido podríamos afirmar, una vez más, que el observador y el novelista han predominado sobre quien quiso exponer las *Memorias* de su vida. ¿O es que, quizás, como en sus novelas, Orrego Luco sólo pretendió describir "su tiempo", el "tiempo viejo", y no su vida personal? Si así fuere, seguirían vigentes, sin embargo, las observaciones sobre los vacíos de la época posterior a 1900.

Por otra parte, la edición de la obra, realizada con calidad y cuidado en su presentación, adolece también de algunas deficiencias: errores tipográficos y de puntuación, a veces de redacción, sin que la edición presente "Fe de Erratas". Se observan, además, muchos elementos repetitivos que podrían atribuirse a cierta deficiencia en la organización de los hechos

descritos; y, por último, hay también errores de nombres y apellidos.

Pese a ello, como fuente histórica, estas *Memorias del Tiempo Viejo* resultan particularmente interesantes por la gran cantidad de información que proporcionan y por la minuciosa descripción de ambientes, hechos y personajes.

M. ANGÉLICA MUÑOZ GOMÁ

Oscar Bermúdez. HISTORIA DEL SALITRE DESDE LA GUERRA DEL PACÍFICO HASTA LA REVOLUCIÓN DE 1891. Ediciones Pampa Desnuda. Santiago de Chile, 1984, 337 (1) páginas. Láminas y mapas.

En 1963, la Universidad de Chile editó la *Historia del Salitre desde sus orígenes hasta la Guerra del Pacífico* de Oscar Bermúdez Miral que, reflejando la versación del autor en el tema, se interrumpía precisamente en el momento en que estas regiones pasaban al dominio chileno transformando la vida económica nacional. Han pasado veinte años de aquel libro, durante cual tiempo se han publicado numerosos estudios sobre la materia, entre los cuales destaca la obra de Harold Blakmore *Gobierno Chileno y Salitre Inglés*, aparecida en 1974 y traducida posteriormente al castellano. A pesar de su continuidad cronológica y de haber sido anunciada como la segunda parte de la anterior, la *Historia del Salitre desde la Guerra del Pacífico hasta la Revolución de 1891* es una obra independiente en la que el autor se remonta en el tiempo para buscar los antecedentes sobre la gestación y estado de la industria al iniciarse el conflicto, incorporando su monografía sobre "El salitre de Tarapacá y Antofagasta durante la ocupación militar chilena", publicada en los *Anales de la Universidad del Norte* en 1966 y el resultado de las diversas investigaciones realizadas durante estos dos decenios.

El libro de Oscar Bermúdez es una historia regional tanto como una historia económica, no solamente por la necesidad de considerar el impacto del salitre sobre el desarrollo de las provincias del norte, sino por el sentimiento telúrico que permea toda la obra. Tal como señala Blakmore en el prólogo, ésta "es un testimonio de su devoción a su zona natal y su conocimiento sin paralelo de ella", lo que se traduce, por una parte, en una perspectiva regional para apreciar el fenómeno histórico que suele resultar enriquecedora y, por otra, en la incorporación de un cúmulo de digresiones que tienden a debilitar la estructura del trabajo.

Las dos primeras partes o secciones están dedicadas, respectivamente, a Tarapacá y Antofagasta en los años de la guerra. En el caso de la primera, el autor se refiere en detalle a la política salitrera y guanera del Perú, proporcionando los antecedentes necesarios para comprender la situación que enfrentaron las autoridades chilenas durante y después del conflicto. Los efectos de la tributación salitrera uniforme implantada por el gobierno son analizados al tratar la industria en la región de Antofagasta; por las defi-

ciencias en su infraestructura y sus mayores costos, las salitreras del sur se vieron duramente afectadas por la medida, que terminaba perjudicando especialmente a los capitalistas chilenos en beneficio de las salitreras de Tarapacá donde predominaban las empresas de propiedad extranjera.

La decisión chilena de devolver las salitreras expropiadas por el Gobierno del Perú al sector privado, que constituye el factor de mayor trascendencia en el ulterior desarrollo de la industria, es explicada a la luz de las circunstancias externas existentes y de las ideas económicas imperantes en Chile, al margen de opiniones de corte desarrollista, aunque se trasluce un cierto dejo de reproche por el desinterés de los capitalistas chilenos de invertir en la industria. En sendos otros capítulos, Bermúdez aclara el problema de las propiedades de El Toco; sigue las alternativas del mercado salitrero y del primer acuerdo restrictivo o combinación, destinado a mantener los precios altos; estudia el desarrollo de los ferrocarriles de Antofagasta y Taltal; y explica las mejoras en los procedimientos de extracción representados por el uso del sistema Shanks introducido por James Humberstone. Tal como señala el autor, fueron precisamente estos avances técnicos y la construcción de nuevas oficinas más eficientes los que trajeron consigo el aumento de la producción y el desequilibrio en los precios.

La última parte de la obra, titulada "Política, Nacionalismo y Poder", está centrada, a semejanza del libro de Blakemore ya citado, en las figuras de North y Balmaceda. Bermúdez aporta diversos antecedentes sobre las tempranas actividades en la "Costa" del empresario y promotor inglés y de su socio Robert Harvey, sobre la base de fuentes locales y, muy especialmente, de los archivos de North conservados en Arica y de los papeles de Humberstone. Este último material le permite establecer, en un epílogo, las causas del fracaso de la Primitiva Nitrate Company creada por North.

Al terciar en el debate sobre la guerra civil de 1891, Bermúdez sigue, en cierto modo, la línea de Blakemore al contraponer los intereses hegemónicos de North con los de otros empresarios extranjeros y con la política nacionalista de Balmaceda, aclarando que el propósito de éste era impedir la constitución de un monopolio bajo control foráneo y que el término *nacionalizar* sólo significaba, en el contexto de la época, hacer predominar la influencia chilena en la industria.

El autor ha planteado la Guerra Civil de 1891 como "un conflicto entre chilenos empeñados en controlar el poder político, lucha entablada no tanto para realizar, desde el Gobierno, programas de "salvación nacional", sino más bien por el poder en sí mismo, cualquiera fuesen sus aplicaciones" (p. 287). El control de la región salitrera dio al partido congresista los recursos económicos que le permitieron el triunfo; Bermúdez se refiere a la canalización de la inquietud laboral en el norte en favor de la causa del Congreso y relata las alternativas de las operaciones militares en la pampa salitrera.

Por la misma perspectiva regionalista de la obra, resulta, en cierto modo, injusto hacerle reproches por no estudiar el impacto de la riqueza salitrera en los diversos aspectos de la vida general del país, sobre todo si se consi-

dera que diversos otros autores se han dedicado a este punto con mayor o menor fortuna. Se puede alegar, también, que falta un tratamiento de los sistemas de comercialización y del mercado del salitre y se echan de menos algunas tablas generales de producción, exportaciones y precios de los nitratos, que resultarían más esclarecedoras que la lista de coordenadas geográficas de las aguadas de Antofagasta que constituyen el apéndice.

Sin embargo, estas y otras observaciones que se podrían hacer no deben ocultar el mérito e interés del trabajo, tanto por la riqueza de la información contenida como por el valor de sus puntos de vista que resumen la experiencia del autor.

JUAN RICARDO COUYOUMDJIAN

*Arturo Leiva, EL PRIMER AVANCE A LA ARAUCANÍA.* Angol, 1862. Universidad de La Frontera, Temuco, 1984, 220 páginas.

Dentro de la renovación que está experimentando el estudio de la frontera araucana, ha aparecido el libro del señor Leiva, publicado dignamente por la Universidad de La Frontera. La obra es meritoria en cuanto ha significado una investigación minuciosa que agrega información concreta sobre un tema tratado, por lo general, en forma apresurada. Representa un evidente avance sobre los libros de Horacio Lara, Leandro Navarro y Víctor Sánchez Aguilera, que constituyen crónicas militares ramplonas.

Si bien el autor está en posesión de una adecuada base documental y ha sacado de ella buen provecho, ha equivocado el camino al entrar en el campo de la interpretación, sea en las líneas fundamentales como en otras más circunscritas. El hecho es comprensible en un estudioso que por vez primera realiza una investigación, porque acertar en la visión general de un fenómeno se logra sólo después de muchos años de experiencia y dominio sobre el tema y la metodología superior.

Nos llama la atención que al autor no le haya sido de la menor utilidad el libro *Relaciones fronterizas en la Araucanía* (Universidad Católica de Chile, 1982), donde hemos expuesto, junto con otros autores, un enfoque completamente renovado del asunto, basado en el concepto de historia de las fronteras y con algún apoyo de la antropología.

Es curioso observar cómo en Chile se publican investigaciones históricas que nadie lee o se prescinde de ellas por obstinación. Esto sucede en los propios ámbitos universitarios y académicos.

El señor Leiva no ha podido sacar de su cabeza el mito ercillano y su fantástica sugestión, que ha hecho creer en una guerra de Arauco feroz y prolongada por más de tres siglos. Dentro de esa imagen, estima que hay ciclos en la lucha, negándose a reconocer el decrecimiento gradual y el predominio de la paz durante más de doscientos años.

Por el mismo error anterior, el autor estima que en los años anteriores a 1859 se había producido una "infiltración" en la Araucanía y maneja esa

expresión para señalar un fenómeno que es de muy distinta naturaleza. Habría habido infiltración sólo si la frontera hubiese sido cerrada y ambos pueblos se hubiesen mantenido impermeables; pero el hecho real es que desde hacía doscientos años, en forma progresiva, existían influencias mutuas y que los elementos sociales, económicos, culturales y también los organizativos de españoles y chilenos, se dejaban sentir en la Araucanía de manera abierta y a gusto de todos. El vocablo "infiltración" sugiere un movimiento subrepticio, que dista absolutamente de la realidad.

Al plantear las cosas de esa manera, Leiva ha desconocido todo el proceso anterior, faltando, por lo tanto, a un principio básico de la historia. Tal cosa es muy extraña en quien afirma ser historiador. Por la misma razón, ha equivocado el nombre del libro, que no corresponde al primer avance en la Araucanía, sino al último. El autor, ha prescindido, además, de un enfoque global, que incluyese la integración final y oficial de la Araucanía, en el marco de la historia de las fronteras y en su condicionamiento por la historia mundial. No se toma en cuenta la incorporación a la agricultura de las regiones periféricas por la demanda mundial de alimentos, el estímulo del precio del trigo o la rebaja de los fletes, todo ello a consecuencia de la Revolución Industrial y el aumento de la población. En el panorama más reducido del país no se han considerado los factores económicos y sociales que impulsaban a una explotación de nuevas áreas, la búsqueda de fuentes de trabajo y la presión demográfica con su tendencia a la migración interna, principalmente en la región situada al sur del Maule.

Extrañamente, Leiva se ha limitado a explicar el avance final a través de una lucha política y de influencias que abanderiza a los antiguos seguidores del general José María de la Cruz, con líderes y aventureros liberales, y, por otra parte, a los partidarios de Montt y Varas con el aparato gubernativo y sus personajes. Viene a resultar, de ese modo, una incorporación manejada desde el gobierno y los círculos políticos, con su matiz fronterizo. Más extraño es el enfoque en cuanto se presenta a grupos de caciques movidos por una u otra adhesión política.

Se nos ocurre que cualquier antropólogo —y el señor Leiva dice serlo— debe comprender que las motivaciones de los indígenas eran de muy distinta índole y que su apoyo a tales o cuales grupos políticos era sólo una cáscara que ocultaba sus propias aspiraciones. No creemos que ni siquiera hubiese adhesión a grupos políticos, sino solamente a caudillos locales que favorecían acciones inmediatas.

Dejemos de lado, pues, a caciques crucistas y monttvaristas.

También resulta incomprensible el planteamiento del autor sobre el predominio de la cultura araucana en el espacio fronterizo. Esta es una simplificación excesiva, motivada por la admiración hacia un pueblo de rasgos vigorosos; pero nadie podrá dejar de reconocer que la cultura dominante y realmente dinámica era la del chileno. Por muy buena voluntad que se tenga no se podrá desmentir que las reducciones de Trintre o Cancura eran menos importantes que Los Angeles o Concepción. Nadie dudará,



como se desprende del mismo libro de Arturo Leiva, que la dinámica expansiva estaba en mano de los chilenos.

Comprendemos que el autor se refiere principalmente a las costumbres y mentalidad fronterizas; pero esos elementos no son extraños a la potencialidad material, militar y poblacional de cada pueblo y, en ese sentido, la dinámica chilena era predominante.

Si tomamos en cuenta a los usos y estilos de vida de los araucanos, vemos que ellos están traspasados por la cultura del hombre blanco. El mismo autor nos informa que en sus ataques los naturales empleaban rifles, muchos recibían sueldos del gobierno, andaban de levita y espada al cinto. El caso más interesante es el del cacique Corbún, descrito de la siguiente manera por un documento de la época, citado por el propio Leiva: "Su vestuario era levita militar, pantalón azul de raso, bota fuerte, espada y gorra militar. Las cabalgaduras, riendas del caballo y espuelas eran de plata, pero toscamente trabajadas. Es el indio cacique más españolizado que hemos conocido en el interior. Sus modales eran muy finos y sabía darle cierta expresión a sus palabras que no dejaban dudas de que las vertía de corazón. Su hijo le dijo al Señor Comandante General Saavedra, que había sabido su arribo a aquellas comarcas, y que él le había dicho a su padre que era un deber de política irlos a saludar".

Desde el siglo XVII los caciques procuraban vestirse y armarse al estilo español, sea por razones de utilidad o de prestigio. No estará de más recordar al cacique Peñoleo, sus mujeres y mocetones, viviendo en ranchos en las afueras de Concepción, vestidos como *huincas* y borrachos el día entero.

Aun puede traerse a cuenta el propio relato de Leiva referente a la visita de Melín al general Saavedra en Los Angeles, con el fin de asegurar su buena voluntad para la refundación de Angol.

Más significativo que todo esto es la existencia de indios amigos, capitanes de amigos, tratos con las autoridades, actividad misionera, comercio en grande y estable, arriendo y venta de tierras y mestizaje, que demuestran la aceptación de la cultura predominante. Es decir, la aculturación de los araucanos era un hecho notable.

Desde el otro lado también había incorporación de elementos culturales autóctonos; por lo tanto, el fenómeno es de transculturación.

En el fondo, existe una vida fronteriza con relaciones múltiples e intensas, característica de las áreas de contacto apacibles, donde el choque violento es sólo esporádico.

No comprendemos que esa realidad no haya sido captada por un antropólogo, en cuanto su especialidad tiene una riqueza de temas y de análisis verdaderamente profundos y que, en cambio, se haya mantenido en una limitante visión política y militar.

El enfoque bélico es, además, insostenible. No existía una voluntad incontestable de resistencia de parte del indio ni tampoco capacidad defensiva. El libro de Leiva es la mejor demostración de lo que decimos: la re-

fundación de Angol se hizo sin grandes tropiezos, los caciques más temidos la aceptaron y, como dijo Cornelio Saavedra, el avance costaría sólo "mucho mosto y mucha música".

Generalmente la oposición indígena se redujo a merodear en forma amenazadora, robar ganado y caer sobre grupos desprevenidos de gente o destacamentos pequeños del ejército. Ante una fuerza mayor se ponían en fuga o se retraían cavilosamente.

En torno a la guerra hubo una inflación de palabras que el investigador debe calibrar debidamente. La prensa, muy utilizada por Leiva, era la más estridente para informar y opinar, movida desde lejos por intereses políticos y toda clase de mezquindades, fuese gobiernista u opositora. Ella se hizo eco, además, de la creencia general de que el avance en la Araucanía iba a desatar una rebelión espantosa. Y luego se dio a exagerar las dimensiones de cualquier choque armado, para ensalzar héroes o denostar a las autoridades.

La inflación verbal se aprecia perfectamente, a manera de ejemplo, en el ataque a Collipulli el año 1871. Según un testigo militar, alrededor de 1.500 indios se adueñaron de las colinas cercanas, cruzaron la profunda hondonada del río Malleco y atacaron el pueblo. La situación era desesperante. Diversos grupos trataron de penetrar por las calles, pero uno de ellos fue contenido por treinta y seis granaderos y puesto en fuga. Más adelante se rehicieron con otras fuerzas y ofrecieron resistencia a los perseguidores, sin que les valiese mucho su determinación, como no fuese evitar la persecución.

El ataque a Collipulli alcanzó gran resonancia, hubo heridos, elogios y ascensos, aunque los hechos prueban que la exaltación de los ánimos descansaba en una gran falsedad. Si los indígenas eran alrededor de 1.500, no se comprende cómo fueron desbaratados por un grupo de treinta y seis hombres. Significaría que el espíritu belicoso de los araucanos estaba muy flaco y, en sentido contrario, si una tropa tan pequeña los había derrotado, su número debió ser muy reducido. En ambos casos, sea por falta de ánimo o insignificancia de la fuerza atacante, es evidente que la capacidad guerrera de los araucanos estaba muy deteriorada. Ese era el resultado de la larga convivencia fronteriza y de los cambios operados entre los nativos.

Un historiador aguerrido no debe dejarse impresionar por el chivateo y la gritería de los araucanos, ni tampoco por el chivateo y la gritería más formal al norte del Bío-Bío.

Después de todo, lo que realmente existió fue la arrogancia, las bravatas y la fanfarronería de uno y otro lado, en el afán de aterrorizar al contrincante e infundir ánimo a la propia gente. También se usaba para alcanzar fama de valiente y buenas recompensas.

La tarea de escribir la historia descansa en la crítica de las fuentes, porque la veracidad de ellas es muy variable. En el caso que nos ocupa, la prensa, los mensajes entre las autoridades fronterizas, los informes oficiales, los telegramas ni los oficios reflejan exactamente la realidad. Todos esos do-

cumentos están influidos por la visión tremendista y las intenciones particulares. Como muestra bastaría recordar la histeria colectiva desatada por el naufragio del *Joven Daniel* y la suerte supuestamente desastrada de Elisa Bravo y sus hijos, que motivó artículos en la prensa, "noticias fidedignas", rumores, preocupación oficial y medidas indagatorias, para descubrir, finalmente, que no había ocurrido nada de lo que se decía.

El cuadro general de la entrada militar en la Araucanía entre 1862 y 1883 tuvo algunos momentos escasos de beligerancia, como ocurrió en los ataques a la línea del Traiguén y del Cautín, en que los araucanos fueron derrotados invariablemente y por fuerzas más reducidas. Pero el hecho más notable es que la resistencia indígena fue esporádica, más bien evasiva y con maña, sin que se produjese la catástrofe sangrienta augurada con palabras tremendas en ambos bandos. No debe olvidarse, por otra parte, la colaboración y resignación de la mayoría del pueblo araucano, donde se entretrejan sus propios intereses y la esperanza de tales y cuales ventajas. No en vano, en cierto momento, el general José Manuel Pinto amenazó a los indígenas con impedir la entrada de comerciantes a su territorio, como un recurso para doblegarlos.

Entre los episodios fantasmagóricos de la "guerra" de Arauco estuvo la ocupación de la región de Villarrica. Al acordarse el avance, igual como había ocurrido en cada uno de los anteriores, se alzaron voces prediciendo un levantamiento terrible; la actitud mañosa del cacique Epulef y sus temibles lanzas daba pie a los mayores temores. Se inició la campaña, tomando fuertes precauciones y se llegó a las inmediaciones de la antigua ciudad en espera del ataque. Sin embargo, el mismo Epulef entregó las ruinas, rodeado por el rostro silencioso de sus mocetones.

Hacia mucho tiempo que estaban moralmente desarmados.

Por nuestra parte, invitamos cordialmente a Arturo Leiva a quebrar lanzas y enterrar las flechas, en la seguridad de que la visión pacífica del contacto fronterizo es más fructífera que la imaginación bélica.

La integración de la Araucanía fue efecto más de la paz que de la guerra.

SERGIO VILLALOBOS